

CAPÍTULO II

Rivas, 29 de junio de 1855

Tan pronto como recibió los despachos del gobierno en que se le daba el mando de una fuerza expedicionaria para operar contra los legitimistas de Rivas, Walker se puso a alistar la Falange —nombre con que de ahí en adelante fueron designados los americanos— para ir a El Realejo de donde debía salir embarcada en el «Vesta», con destino a un punto del departamento Meridional. Los bastimentos y pertrechos se mandaron en carretas de bueyes a El Realejo y de allí en bongos al bergantín anclado en la Punta Icaco. El 23, tres días después de llegar la orden a Chinandega, la fuerza estaba a bordo lista para salir. Ramírez se había movido con lentitud, mostrando poca inclinación a la empresa, por juzgarla peligrosa y desacertada. Estaba evidentemente bajo la influencia de lo dicho por Muñoz, el cual era bien sabido que desaprobaba la expedición a Rivas. De tanto peso fue la opinión del general en la conducta de Ramírez, que éste puso poco empeño en reunir los doscientos hombres que el director había dispuesto formasen la tropa del país. No eran muchos más de cien los que se revistaron sobre la cubierta del «Vesta» cuando éste estuvo listo para hacerse a la vela. Entre los oficiales de Ramírez figuraba Mariano Méndez, indio de pura raza que desde sus mocedades había tomado parte en revueltas y contrarrevueltas. Además de violentas pasiones y apetitos desenfrenados, tenía un valor y una experiencia que lo hacían a veces útil para los que solían intentar hacer cambios políticos con fines personales; y cuando era necesario pelear montaban al

viejo cacique en un buen caballo con una recia lanza en la mano y se quedaban esperando, y con razón, que llevase a cabo las empresas más temerarias. Totalmente impropio para la vida civil e incapaz de someterse a las severas reglas de la disciplina militar, era un instrumento peligroso y un amigo que no merecía confianza. No quiso servir a las órdenes de Ramírez y tan sólo obedecía las que personalmente le daba Walker. A bordo del «Vesta» su principal distracción era desplegar su manta sobre la cubierta y rodearse de una porción de soldados para jugar al monte, su juego favorito. Una vez que el dinero de los jugadores había caído en la manta de Mariano, el hecho de que las cartas le fuesen favorables o no importaba poco para la suerte que debían correr las monedas. Méndez estimaba, y así parecían creerlo también algunos, que para un soldado era mucha honra apostar con un coronel de lanceros, grado que decía tener, y que el modo de pagar cortésmente tan señalada distinción era perdiendo el dinero. Muñoz estaba sin duda contento de la partida de Méndez para León, y por su parte el coronel de lanceros se sentía alegre de trocar el aguardiente de Subtiaba por el chocolate de Rivas, sobre todo con la perspectiva de poder escamotear algunos zurrones de cacao para venderlos a los indios de su vecindario en León.

No se había olvidado el director de organizar un gobierno civil por si la expedición lograba echar raíces en el departamento Meridional. Don Máximo Espinosa, propietario de una valiosa hacienda de cacao situada cerca de Rivas, fue autorizado por el ministro de Relaciones Exteriores, D. Francisco Baca, para actuar como prefecto del departamento y también como delegado para recaudar las rentas tan necesarias al sostenimiento del gobierno provisional. Espinosa era un anciano de más de setenta años con cara de Don Quijote y esos ojos oscuros y sin brillo, llenos de melancolía, tan característicos en los de su raza. La pasión que al pare-

cer le dominaba era el odio que sentía por D. Juan Ruiz, uno de los ministros de Estrada, cuyas tierras colindaban con las suyas; y es lo probable que alguna añeja cuestión de linderos entre D. Juan y don Máximo fuese el motivo que determinó al segundo a afiliarse a la causa sostenida por el ejército democrático. Como había vivido toda su vida en la vecindad de Rivas, se pensó que Espinosa debía de conocer bien los caminos y lugares situados en los contornos de esta ciudad. Un sobrino suyo que le acompañaba era también conocedor del departamento Meridional y los servicios que prestó como guía fueron útiles a la expedición.

El «Vesta» se puso bajo el mando de Morton, y aunque éste conocía bien la costa y aprovechó los vientos todo lo posible, Walker no pudo desembarcar hasta cuatro días después de haber salido de la Punta Icacó. El 27 de junio por la tarde, hacia la puesta del sol, se bajaron los botes para desembarcar la fuerza en un punto llamado El Gigante, un poco arriba de Brito y a unas seis leguas al norte de San Juan del Sur. Los botes eran pocos y pequeños, y De Brissot, que por su deseo de ponerse en evidencia daba a menudo traspies, hizo encallar contra las rocas el bote ballenero que tenía a su cargo, en su primer viaje a tierra. Era ya casi la medianoche cuando toda la fuerza, compuesta de 55 americanos y 110 naturales del país, fue desembarcada en la costa. Al empezar el desembarco la luna brillaba muy clara; pero hacia las once se encapotó el cielo. Las nubes fueron haciéndose cada vez más densas y opacas, y antes de haberse formado la fuerza en orden de marcha empezaron a caer gotas de lluvia, precursoras de un gran aguacero. Espinosa y su sobrino encontraron la vereda que atraviesa la serranía costanera de Rivas, y cerca de la medianoche, marchando los americanos adelante, Ramírez y su tropa a retaguardia y en el centro algunos soldados del país encargados de llevar las municiones tapadas con cueros, la colum-

na emprendió la marcha tierra adentro. Los soldados no llevaban más que sus armas, sus mantas y provisiones para dos días en la mochila, de suerte que avanzaban tan de prisa como lo permitía la calidad del suelo, húmedo y fangoso; pero no habían andado más de media milla cuando rompió a llover a torrentes. Espinosa y su sobrino perdieron después el sendero; el viejo se quejaba de cólico y el joven parecía temeroso de aventurarse más lejos. Se mandó hacer alto y se despacharon varios soldados a buscar la senda; entretanto la tropa se guareció como pudo bajo el follaje de los grandes árboles negros de la selva. Pero pasados algunos minutos cesó la lluvia, fue encontrada la vereda y la tropa continuó su marcha. En la madrugada la pequeña fuerza había recobrado un poco el brío y estaba repuesta de la mojada de la noche anterior. Marchando de prisa por la selva espesa se evitaron todas las viviendas para sorprender al enemigo, si era posible, en la noche del 28. Cerca de las nueve se llegó a una casa vieja de adobes deshabitada y se hizo alto durante varias horas para tomar el desayuno y un descanso.

Aquella mañana el campamento parecía enteramente de gitanos. Las alas gachas de los sombreros de fieltro de los de la Falange acusaban los efectos de la lluvia de la noche anterior, y las barbas pobladas y crecidas daban a la mayor parte un aire torvo y amenazador. Tan pronto como se colocaron los centinelas, los americanos se pusieron a hincar el diente en las galletas y la carne fría, regándolas de vez en cuando con un trago de licor salido de una cantimplora, y los soldados del país fueron sacando su provisión de queso y tortillas y un poco de tiste —mezcla de cacao, azúcar y maíz molido disuelta en agua— de las jícaras¹ fantásticamente labradas que llevaban pendientes de un cordel que pasaba por un ojal de la chaqueta o de los pantalones.

¹ Vasijas muy usadas en Nicaragua. N. del T.

Después del desayuno y de varias horas de sueño, la fuerza estaba bien preparada para continuar su marcha; las impresiones desagradables de la noche se olvidaron del todo al gozar de los efectos balsámicos del aire suave y tenue, que parecía un fluido enteramente distinto de la atmósfera de los climas septentrionales. Sentíamos como si una exhalación de opio ligera y vaporosa, unas veces calmante y otras estimulante, se mezclase a intervalos con los elementos ordinarios de la atmósfera; pero al anochecer las nubes comenzaron a agruparse de nuevo y poco después llovió sin tregua. El mal tiempo vino a entorpecer de tal modo la marcha que Walker vio que no podría llegar a Rivas antes de rayar el día, como lo esperaba. Los naturales del país se quejaron del peso que llevaban a costas y fue necesario conseguir caballos de carga para la tropa. Además, muchos de los americanos, cansados y despedados como estaban, perdieron algo del nervio necesario para el combate.

En el pueblo de Tola estaba un pequeño cuerpo de jinetes enviado por el comandante de Rivas para vigilar el avance de Walker, cuya salida de El Realejo ya le había sido avisada a Corral en Granada. Se dijo que esta noticia la llevó a los legitimistas un alemán a quien Muñoz dio un pasaporte para salir de León. La cosa no es improbable y fue confirmada por tal cúmulo de circunstancias, que no es extraño que los americanos la tuvieran por un hecho bien probado. Los mismos legitimistas dijeron que la primera noticia les fue dada por el alemán. Lo cierto es que éste pasó por Pueblo Nuevo con un pasaporte expedido por el general en jefe del ejército democrático. Al saber que Walker había salido embarcado de El Realejo, Corral despachó al coronel Bosque con una fuerza a Rivas. Habiendo llegado a esta ciudad, Bosque se puso a construir trincheras y a enrollar a los vecinos como soldados. Mandó jinetes a recorrer el país entre Rivas y la costa, y según los informes que le dieron a Walker algunos demócratas

cerca de Tola, había veinte alojados en el pueblo el 28 por la noche. A medida que se acercaba la fuerza expedicionaria a Tola, iba apretando la lluvia; los caminos se llenaron de agua y a los soldados les fue ya imposible conservar sus municiones secas. Al llegar a media milla del pueblo se enviaron adelante unos veinte hombres para atacar y si era posible copar al enemigo que allí estaba. El destacamento avanzó rápidamente, siguiéndolo el resto de la tropa a corta distancia. Habiendo llegado a las inmediaciones del pueblo, Walker oyó, entre dos grandes truenos, la detonación aguda de los rifles americanos; después nada. El destacamento había encontrado a los legitimistas en la galería externa de una de las casas principales del pueblo, y tan lejos estaban éstos de aguardar al enemigo en medio de la tormenta, que se encontraban jugando a los naipes sin haber puesto un centinela. Varios fueron heridos, entre otros el oficial que los mandaba; los demás huyeron, llevando a Rivas la noticia del avance de los americanos. Después de apoderarse de los caballos de los legitimistas, los demócratas colocaron centinelas e hicieron alto para pasar la noche. Se ordenó al cirujano Dr. Jones atender a los prisioneros heridos, con gran disgusto de algunos de los oficiales del país, quienes opinaban que debían ser fusilados.

A la mañana siguiente, poco después de las ocho, Walker marchó en dirección de Rivas, situado a unas nueve millas al este de Tola. El día no tardó en ponerse claro y brillante, y la Falange, ávida de pelea, avanzaba de prisa. Habiendo encontrado un caballo y quitado una lanza al enemigo, Méndez, muy fogoso, iba cerca de la cabeza de la columna, instando a veces a los de la vanguardia para que le dejaran tomar la delantera; pero Ramírez se quedaba atrás y hasta contenía su tropa cuando se acercaba mucho a los americanos. De vez en cuando, placeras que venían de Rivas con cestos de frutas puestos en la cabeza, daban una alegre

bienvenida a los soldados, saludando familiarmente con un gesto a sus conocidos entre los naturales del país y maravillándose mucho de las extrañas figuras de los hombres de California. No se divertían menos los americanos con las caras y las cosas nuevas encontradas en el camino, los que sabían algo de español prodigaban a las mozas las palabras de cariño de que podían hacer alarde, y a éstas parecían gustarles los requiebros de los hombres de la tierra del oro. Al llegar la tropa a la cima de un cerro, a unas cuatro millas de Rivas, surgió ante ella un espectáculo lleno de belleza y esplendor que la hizo olvidarse por un rato de todo lo demás, hasta del ahelado conflicto en que pronto iba a verse empeñada.

Al llegar la vanguardia a una revuelta del camino hizo alto involuntariamente por un instante, y aunque la orden era de marchar en silencio, todos los labios dejaron escapar una exclamación de sorpresa y de placer. Méndez, el cual iba adelante con su lanza, en uno de cuyos extremos ondeaba la banderola roja descansando el otro en el estribo, tan sólo pronunció una palabra: «Ometepe». Para él aquella vista era familiar; para los americanos una visión encantadora. Allí estaba el lago de Nicaragua en toda su grandeza, y surgiendo de él, como Venus del mar, el gracioso y alto cono del Ometepe. La obscura selva tropical cubría las faldas del volcán que parecía reposar bajo la influencia de los suaves rayos del sol que lo bañaban. Su forma refería su historia como si estuviese escrita en un libro, y su aspecto era a tal punto el de una persona durmiendo la siesta, que el espectador no se habría sorprendido de verlo despertar de pronto arrojando lava de sus entrañas ardientes. A la primera mirada casi nos quedamos sin resuello, y apenas se había repuesto la Falange de la impresión recibida, se le ordenó hacer alto frente a una casa de campo situada a unos pocos

centenares de yardas de Rivas, a fin de que se preparase para atacar la ciudad.

A una milla más o menos de Rivas, Walker se había metido por el camino que conduce a Granada, para poder entrar por el norte. Tomó este rumbo con el objeto de apoderarse de una de las haciendas de Maliaño o de Santa Ursula, dos fincas de cacao situadas en los linderos de la ciudad, que eran buenas posiciones para el ataque o la defensa de la misma. Walker mandó hacer alto a menos de media milla de las primeras casas, reunió a sus principales oficiales, americanos y del país, para explicarles su plan de ataque, y a cada uno de ellos indicó lo que debía hacer por separado. A Kewen y Crocker ordenó barrer al enemigo de las calles, si era posible, haciendo avanzar de prisa a los americanos hasta llegar a la plaza, en tanto que Ramírez con su gente debía seguirlos de cerca, protegiendo lo mejor que pudiese los flancos y la retaguardia. Para dar estas órdenes bastaron algunos momentos y todos dijeron haber entendido perfectamente qué puestos se les habían señalado. Kewen y Crocker dieron en seguida a su gente la orden de avanzar. Cuando llegaron a un punto desde el cual se veían las primeras casas, una tropa enemiga rompió el fuego; la respuesta de los rifles fue aguda y mortífera, y el grito que dieron los americanos, al lanzarse al ataque, delató su avidez de pelear. Los legitimistas retrocedieron rápidamente hacia la plaza; la Falange tomó la colina de Santa Ursula, y los soldados, hundiéndose las puertas a culatazos, pronto se apoderaron de las casas situadas en la cima. Walker pasó por allí a caballo en el momento preciso en que penetraban en las casas, y al ver a Crocker, el cual se había adelantado un poco, lo llamó para preguntarle hasta dónde había avanzado la tropa en dirección de la plaza. Crocker estaba sin resuello por la excitación; le salía sangre de la barba a causa del refilón de una bala, un

brazo le colgaba inerte de un balazo que se lo atravesó cerca del hombro, en la otra mano tenía el revólver de reglamento del ejército con la mitad de los cañones descargados; pero se encontraba poseído de la rabia de combatir, y sin cuidarse de sus heridas se esforzaba en hacer avanzar su tropa contra el enemigo. Desde que vió a su jefe contuvo la voz y le dijo en tono bajo:

—Mi coronel, la gente vacila; no puedo hacerla avanzar.

Mirando entonces a retaguardia, Walker notó que la tropa de Ramírez no estaba todavía a la vista. Las mulas y los caballos de carga que traían las municiones venían caminando despacio, y un poco a la derecha estaba Méndez con algunos soldados del país. Al ponerse al frente de los suyos, Walker se convenció de que como lo decía Crocker era por desgracia cierto que no se les podía hacer avanzar. Al mismo tiempo el coronel Argüello, que acababa de llegar con fuerzas de San Juan del Sur, abrió un fuego nutrido sobre el flanco izquierdo de los americanos. Estos se concentraron entonces en una casa grande de adobes situada cerca de la colina de Santa Ursula y en algunas casitas del otro lado de la calle; se desempaquetaron las municiones y toda la fuerza se puso a cubierto, hasta donde era posible, a fin de tener un respiro antes de entrar de nuevo en acción.

Al ver que Ramírez no se apresuraba a venir en auxilio de los americanos, el enemigo se coló por entre los dos cuerpos, y «Madre Gil», como llamaban al coronel leonés, se fue con casi toda su tropa para la fronteira de Costa Rica, creyendo sin duda que la Falange iba a ser aniquilada. Por su lado los degitimistas, al notar la desaparición de Ramírez, se pusieron a apretar a los americanos por todas partes, dando a las casas varios asaltos en que los rifles americanos hicieron estragos. Los cadáveres de los de las cintas blancas

yacían amontonados en las calles, y los americanos tuvieron varios muertos y heridos al principio del combate; pero no decayó su ánimo hasta que supieron la muerte de Crocker y luego la de Kewen. Sin embargo, aun después de esto se consiguió que la tropa diese una carga para desalojar al enemigo de un cañón viejo de a cuatro que trataba de apuntar contra las casas ocupadas por los americanos. La carga tuvo buen éxito y el enemigo no pudo hacer uso de la pieza durante el combate. En seguida intentaron los legitimistas dar fuego a las casas defendidas por los demócratas y solamente pudieron quemar el techo de una de ellas. En aquel momento pasaban de quince los americanos muertos o heridos, no quedando más de treinta y cinco en aptitud de pelear. El combate empezó a las doce del día y eran cerca de las cuatro de la tarde cuando se dió la orden de prepararse para la retirada. Era forzoso dejar a varios heridos; pero a todos los que no estaban enteramente imposibilitados para andar se les comunicó el propósito de abandonar las casas, a fin de que estuviesen listos para salir cuando se diese la orden de hacerlo. Protegidos por la tupida maleza, los enemigos, en número bastante grande, habían llegado hasta muy cerca de las casas cuando se ordenó la salida. Los americanos dieron un grito en el momento de echarse fuera; los enemigos más próximos volvieron las espaldas, huyendo en confusión, y el grueso de la fuerza legitimista paralizado, por decirlo así, ante el aspecto ofensivo del movimiento de los americanos, se quedó por todas partes en espera de un ataque; y así fue como escapó la Falange de la difícil situación en que estaba, a costa de un muerto solamente.

Cuando los americanos atacaron a Rivas, es probable que los legitimistas tuviesen quinientos hombres en la ciudad, y poco después de iniciado el combate fueron reforzados por Argüello que mandaba unos setenta y cinco u ochenta más. Según los informes más

verídicos, murieron por lo menos setenta legitimistas y otros tantos quedaron heridos. Los americanos tuvieron seis muertos y doce heridos; de éstos, los seis que se dejaron fueron bárbaramente asesinados por el enemigo, el cual quemó los cadáveres. Después de semejante jornada, los legitimistas no tenían muchas ganas de perseguir a los que acababan de darles la primera lección de cómo se maneja un rifle.

Pero las bajas de los americanos no debían estimarse por el número. La índole caballerosa de Kewen valía más que una hueste de hombres comunes, y la muerte de Crocker era una pérdida casi irreparable. Con su aspecto de muchacho, su cuerpo pequeño y su cara casi femenina por lo delicada y bella, tenía el corazón de un león, y su mirada, de ordinario suave y apacible, aunque firme en la expresión, percibía con rapidez el movimiento en falso del adversario y entonces el destello que despedía era como el que brota del alfanje al caer sobre la cabeza del enemigo. A pesar de tener poca experiencia militar y aun menos estudio de la materia, era hombre que sabía arrastrar a los demás al peligro, y ninguno de los que le conocían abrigaba el temor de que metiese su tropa en una posición de donde su valor y habilidad no pudiesen sacarla después. Para Walker no tenía precio, porque habían estado juntos en muchos momentos de prueba y el compañerismo en las dificultades y los peligros había creado entre ellos una especie de francmasonería.

Dos naturales del país habían permanecido en Rivas con los americanos durante casi todo el día. El uno era un muchacho y el otro un hombre muy conocedor de la región de Rivas. Guiada por éste se retiró la pequeña partida por entre cacaotales, en busca de algún camino que la llevase al Tránsito. Marchaba por supuesto lentamente y a menudo había que aguardar a los heridos. Entre los de mayor gravedad estaban De Brissot y Anderson (más tarde el coronel Anderson).

Al primero le habían atravesado la parte carnosa del muslo, y el segundo, además de una herida, también en el muslo, tenía un chasponazo en el cuero cabelludo y una cortadura en un pie. El capitán Doubleday, quien formaba parte de la expedición en calidad de voluntario, le fue útil a ésta por el conocimiento que tenía de la índole de las gentes del país y de su manera de hacer la guerra. A pesar de haber recibido una herida dolorosa en la cabeza, ni un solo instante flaquearon su valor y presencia de ánimo. Cuando la partida que iba de retirada andaba errante en los cacaotales, se encontró dos o tres veces con labriegos del país; éstos acostumbran salir huyendo al ver hombres armados, por miedo de que les obliguen a prestar servicio militar. En una ocasión fue alcanzado un viejo lerdo y marrullero, el cual, después de vacilar un poco, entreabrió su chaqueta para mostrar una escarapela roja que tenía debajo de ella; pero al mismo tiempo los americanos vieron caer al suelo una escarapela blanca, lo que para ellos fue motivo de diversión. El pobre hombre, al cabo de un día de perplejidad en tiempos de revuelta, había pensado que lo mejor era llevar un emblema blanco para los legitimistas y otro rojo para los demócratas. Los mismos americanos no carecían de una prudencia parecida; muchos de ellos se habían quitado del sombrero la cinta colorada para no llamar la atención de los destacamentos enemigos; pero esta precaución era inútil, ya que su idioma, traje y modales decían claramente cuál era su raza y por consiguiente el partido a que pertenecían.

Era ya casi de noche cuando pudo llegar el guía al camino que conduce de Rivas a San Jorge, en un punto situado casi a igual distancia de estos dos lugares. Al acercarse la Falange a la carretera, las campanas de Buenos Aires tocaban a lo lejos y Doubleday creyó que lo hacían en celebración de la victoria de los legitimistas; pero aquel toque era probablemente el de vísperas

usual. Marchando de prisa, los restos de la fuerza expedicionaria pasaron por los arrabales de San Jorge cerca del anochecer. Todas las puertas estaban cerradas, como es costumbre cuando se ha librado una batalla en las vecindades, y se habría dicho que todos los perros del pueblo ladraban a la huella de los americanos. Walker ordenó a Mayorga, el guía, llevar la tropa al Tránsito por el sendero más solitario que fuera posible, y éste la condujo pronto a una vereda que corre a la derecha del camino de Rivas a La Virgen. El suelo era fangoso y áspero. A veces se hundían los soldados en él hasta más arriba del calzado y aun hasta las pantorrillas; y si aquella marcha era dura para los que estaban sanos, ¡cuánto más no lo sería para Anderson y De Brissot que tenían los muslos agujereados por balas de fusill! Pero la retaguardia cumplió bien con su deber, manteniendo la cohesión de la columna y conservando la necesaria sangre fría y entereza para hacer frente al enemigo en caso de persecución; pero de esto no había traza y hacia la medianoche los soldados de la Falange, rendidos de cansancio, hicieron alto y se acamparon hasta la mañana siguiente en un choza desierta, situada en la cumbre de una colina, a unas dos millas del camino del Tránsito.

Un rato de sueño y un copioso desayuno hicieron revivir los agotados bríos de la tropa, y antes de las nueve de la mañana del 30 se encontraba ésta bregando una vez más con el barro del sendero. No tardó en divisar la blanca carretera del Tránsito, a unas dos o tres millas de La Virgen. Parecía un camino de los Estados Unidos y su aspecto bastó para dar fuerzas a la Falange y nueva vida a los mismos heridos. Pocos minutos después de llegar al Tránsito, oyó Walker a lo lejos y hacia adelante el sonido de un cencerro. El guía dijo que era la recua de mulas que conducía los

caudales², porque los pasajeros habían pasado el día anterior para La Virgen, procedentes de San Juan del Sur. Como la recua solía venir acompañada de una escolta, Walker, temeroso de un encuentro entre ésta y su tropa, así como de las tergiversaciones a que por fuerza daría lugar este hecho, se apresuró a mandar a los suyos que se ocultasen en la falda de una colina, frente a la cual iban pasando en aquel momento, y respiró al ver desfilar toda la recua sin más acompañamiento que los arrieros que cuidaban de ella. Se reanudó la marcha y cerca de la casa del Medio Camino se vio venir a caballo un individuo llamado Dewey, que había sido taurín en California. Acercándose a Walker le dijo que venía de San Juan del Sur y que algunos de los demócratas del país, entre otros Méndez, habían pasado por allí la noche anterior de camino para Costa Rica; pero que no habían llegado ningunos legitimistas desde la salida de Argüello para Rivas en la madrugada del 29.

Poco después de la puesta del sol, los vecinos de San Juan del Sur vieron desfilar por las calles del pueblo y alojarse en el cuartel situado cerca de la playa, unos cuarenta y cinco hombres de los cuales varios venían heridos, otros sin sombrero, otros descalzos y todos enlodados y arrastrando sus rifles. En aquel momento el aspecto de la Falange no era imponente; pero los que saben descifrar el semblante de los hombres, podían leer en el de aquéllos la entereza con que sufrían los golpes de la adversidad. Ni en su manera de marchar, ni en sus ademanes había vacilaciones. Unos pocos, a los que ni siquiera podría darse el nombre de destacamento, recibieron orden de apoderarse de los botecitos del puerto y de tenerlos custodiados. La goleta costarricense «San José» ancló en el momento preciso de entrar la Falange en el cuartel, y antes de que ninguno de sus oficiales o

² El oro que procedente de California iba en tránsito para Nueva York. N. del T.

tripulantes bajase a tierra, ya estaban a bordo unos pocos americanos que la detuvieron hasta nueva orden. Walker esperaba saber algo del «Vesta» por haberse ordenado a Morton que estuviere cruzando frente a San Juan del Sur hasta ver cierta señal en tierra; pero no obstante haber allí muchos amigos de los demócratas, nadie pudo dar ninguna noticia del «Vesta». Varios vecinos del pueblo hicieron cuanto estuvo en sus facultades por los soldados heridos y desvalidos, y hasta en aquellos momentos infortunados un irlandés, Peter Burns, y un tejano, Henry McLeod, tuvieron la audacia de ligar su destino al de la Falange. Para los soldados resultaba alentador ver que no sólo ellos consideraban que su suerte no era totalmente desesperada, y este refuerzo, no obstante ser tan pequeño, añadió vigor moral y material a la tropa.

No teniendo noticia alguna del «Vesta», resolvió Walker obligar a la «San José» a prestarle servicio para salir en busca del bergantín y, caso de no encontrarlo, para irse por mar a El Realejo. Por consiguiente se mandaron los heridos a la goleta y poco después fueron tras ellos los demás. Encontraron al propietario, un tal Alvarado, de Puntarenas, a bordo de la «San José» que en San Francisco había sido barco piloto. Alvarado recibió cortesmente a la tropa, y Walker le aseguró que los demócratas no se servirían de la goleta sino durante el tiempo estrictamente necesario; y como este mismo barco había traído a Guardiola, militar de importancia, de Guatemala a Nicaragua, con el propósito manifiesto de hacer la guerra al gobierno provisional de León, Alvarado creyó conveniente mostrarse atento, por temor de que le decomisasen la goleta en El Realejo. En lo que pudiera llamarse diplomacia menuda, ninguna raza de las del continente aventaja a los centroamericanos.

Cuando la Falange llegó a bordo de la «San José» estaba subiendo la marea y soplaba poco viento o ninguno; de modo que el barco se quedó anclado en espe-

ra del reflujo y de la brisa matutina para zarpar. La mayor parte de los soldados, rendidos como estaban por los trabajos que habían pasado y la excitación nerviosa de los tres últimos días, se dejaron caer en el acto sobre la cubierta, quedándose dormidos casi al tocarla; pero Walker, el capitán Hornsby y algunos más se quedaron en vela, observando con ansiedad la tierra, por si había señales de algún movimiento, y mirando con igual atención el agua y el cielo, a fin de no dejar pasar inadvertido el menor síntoma de la marea menguante o de la anhelada brisa. Estando con los cinco sentidos fijos en estas cosas, vieron de pronto salir llamas del cuartel situado cerca de la playa, y con espanto les pareció que el fuego invadía en un instante la mitad del pueblo. En el acto se mandó un bote para averiguar lo que aquel incendio significaba. Fijándose bien, las llamas parecían estar circunscritas y no se propagaron gracias a la calma de la noche. Al cabo de algunos minutos regresó el bote con la noticia de que el cuartel había sido incendiado por Dewey y un marinero llamado Sam. El primero era un americano que había vivido algún tiempo en el Istmo; el segundo el propietario de una lanchita que viajaba entre El Realejo y San Juan del Sur y había seguido al «Vesta» cuando éste fue al Gigante. Estos dos individuos tenían odios personales contra ciertos legitimistas del Tránsito, y aprovechando las circunstancias determinaron vengarse con aquel acto de destrucción. Puede ser también que el afán de saqueo y la esperanza de poder saciar su codicia durante la confusión causada por el incendio, fuesen en parte los móviles del hecho; porque Dewey era un hombre temerario que había huido de California para librarse del castigo que merecían sus crímenes. El acto cometido por aquellos dos individuos había puesto en peligro a toda la población. Las casas eran de madera y un vientecito leve habría comunicado el fuego a casi todas.

A Walker le importaba mucho apoderarse de los incendiarios y castigar su crimen; no siendo así toda la responsabilidad del hecho podría recaer sobre los americanos al servicio del partido demócrata, y los enemigos de éste dirían que por desquitarse del rechazo sufrido en Rivas, habían tratado de quemar, como salvajes, una población inofensiva. Por este motivo se mandó a un oficial con unos pocos hombres —las armas iban ocultas en el fondo del bote— para que procurasen traer a Dewey y a Sam a bordo de la «San José». En parte con engaños y en parte por fuerza se trajo a Sam a la goleta; pero Dewey, que tenía sus dudas sobre las consecuencias, rehusó aventurarse a venir a bordo y creyó tomar el camino más seguro yendo a meterse en la lancha de Sam, amarrada por fortuna en la popa de la goleta. Tan pronto como Sam hubo atravesado la borda de la «San José», se vino hacia donde se encontraba Walker —tambaleando, porque estaba ebrio— y se jactó abiertamente de que él y Dewey habían dado fuego al cuartel y de que este acto era lícito contra los legitimistas. Después de las declaraciones de Sam ya no podía haber ninguna duda respecto a su culpabilidad, así como tampoco a la de Dewey, toda vez que Sam había manifestado lo mismo en presencia de su cómplice, sin que éste lo contradijese. El hecho de haberse negado Dewey a comparecer ante Walker, implicaba también un delito. Por consiguiente se ordenó juzgar a Sam, y, después de una breve consulta con el capitán Hornsby y John Markham (después el coronel Markham), el cual había mostrado mucha discreción en Rivas y durante la marcha al regreso de esta ciudad, Walker resolvió mandar el criminal a tierra a fin de que lo ejecutasen allí. Además, se pusieron rifles en la popa de la goleta para vigilar la lancha e impedir que Dewey cortase los cables que la sujetaban a aquélla.

El prisionero se mandó a tierra a cargo del capitán Hornsby y unos pocos hombres escogidos, con orden de

fusilarlo y de poner sobre el cadáver un cartel que dijese el crimen que había cometido y por orden de quien se le había ajusticiado; porque era menester darse prisa, siendo ya muy pasada la medianoche y estando el patrón de la goleta de Alvarado en espera de poder levar el ancla de un momento a otro. Ingrato era aquel deber y por lo mismo escogió el coronel en persona a los encargados de cumplirlo. Hornsby era un militar honrado y recto; pero el cumplimiento de la orden podía depender de los llamados a ejecutarla. Era casi el único oficial que le quedaba a Walker; sin embargo, carecía de la necesaria amplitud de ideas para comprender lo mucho que importaba demostrar que los americanos no habían tomado parte alguna en el criminal incendio. El comandante se apartó con los que debían acompañar a Hornsby, haciendo lo posible por que se penetrasen de la necesidad perentoria de portarse con lealtad y conciencia. Hornsby y su pequeño destacamento se llevaron al prisionero en un botecito; al cabo de un rato oyó Walker la detonación de los rifles y poco después el roce de los remos contra las chumaceras al acercarse el bote a la goleta. Regresó Hornsby trayendo la noticia de haberse fugado el prisionero; de que al quitarle los soldados las ligaduras, Sam había echado a correr, y que como se le tiró al acaso en la obscuridad, no se sabía si estaba herido o no. Más tarde se supo que huyó ileso a Costa Rica.

La fuga de Sam daba al crimen la apariencia de haberlo tolerado los americanos. Esta iba a ser seguramente la impresión de las gentes del país, a menos de encontrar la manera de contrarrestarla. Lo cierto es que cuando el mercader costarricense Alvarado —el cual observaba los sucesos a medida que se desarrollaban— oyó decir que Sam no había sido fusilado, pareció insinuar, más con la expresión del semblante que con palabras, que los americanos no estaban muy ansiosos de castigar al criminal. Por consiguiente era necesario to-

mar precauciones para impedir la fuga de Dewey, porque esto habría contribuido a robustecer la consecuencia que los enemigos iban a sacar del hecho de no haberse ejecutado la sentencia dictada contra su cómplice. Durante toda la noche —noche que a Walker le pareció interminable— la lancha de Sam fue rigurosamente vigilada; y ya puede imaginarse la cruel fatiga de esa noche de guardia, si se considera que la reputación futura de los americanos en Nicaragua iba a depender en gran parte de poder castigar el crimen de Dewey.

Aclaró al fin y al salir el sol sopló la brisa de tierra. El patrón de la goleta levó el ancla y la embarcación se hizo a la mar llevando la lancha a remolque. Walker ordenó mantener la «San José» a dos o tres leguas de tierra con la proa puesta a El Realejo y la mirada en la costa por si se veía venir el «Vesta». Una mujer natural de Chinandega y querida de Sam, que solía acompañarle en sus viajes por mar, manejaba el timón de la lancha. Así pasaron tres o cuatro horas; los rifleros seguían en la popa con los ojos constantemente fijos en la lancha y orden de tirar sobre Dewey si éste trataba de cortar los cables que la remolcaban. El pequeño entrepuente de la embarcación permitía a Dewey ocultarse, y como tenía en su poder un par de revólveres del modelo del ejército y era un notable tirador, los que lo vigilaban tenían que estar parapetados también. Aquello era un duelo a la moda india entre el crimen y la ley. Al cabo de un rato salió Dewey con precaución del entrepuente, y, procurando colocar a la mujer entre los rifleros y su persona, se dispuso evidentemente a hacer un esfuerzo desesperado para soltarse de la goleta. Se le previno a la mujer en español apartarse de Dewey y que si trataba de prestarle ayuda en sus propósitos, esto le costaría la vida; pero la infeliz no podía deshacerse de él. Se ordenó a los rifleros aprovechar la oportunidad de hacer fuego sobre Dewey cuando no

hubiera peligro para la mujer. El disparo casi simultáneo de dos rifles fue la señal de haberse encontrado la ocasión que se buscaba. Dewey cayó desplomado en el entrepuente con un balazo en el cuerpo; pero la bala que lo había atravesado de parte a parte causó infortunadamente una herida dolorosa y grave a la mujer. Esta se trajo a bordo de la «San José», la herida le fue curada por el cirujano y en poco tiempo recobró la salud. El cadáver de Dewey fue sepultado en el mar cosido en un pedazo de lona.

He narrado con minuciosidad las circunstancias relativas a la muerte de Dewey, porque impresionaron profundamente a los hijos del país y dieron cierta reputación incontestable a los americanos que estaban al servicio del partido democrático. Estos hechos hicieron formar a los nicaragüenses una opinión respetuosa de la justicia americana. Vieron que los hombres a quienes se les había enseñado a llamar «filibusteros» se proponían hacer respetar la ley y mantener el orden dondequiera que estuviesen; que querían administrar justicia y cuando llegaran a encontrarse en situación de hacerlo, iban a proteger al débil y al inocente contra los crímenes de los forajidos y viciosos. Esta idea, profundamente arraigada en el pueblo de Nicaragua, es lo que hace temer a los malhechores de aquella tierra la reaparición de los americanos en ella. La anarquía y licencia de treinta y cinco años de revolución han hecho que los caudillos políticos sean incapaces de ajustar sus malas pasiones y desenfrenados apetitos a las reglas fijas del invariable e inflexible deber.

Por la tarde del mismo día en que la goleta zarpó de San Juan, sus pasajeros reconocieron en lontananza al «Vesta», navegando con rumbo al norte y al parecer hacia El Realejo. En cuanto el bergantín divisó la goleta sus movimientos se hicieron misteriosos e indecisos; en realidad no sabía qué hacer con un barco que llevando la bandera de Costa Rica buscaba y perseguía

claramente al «Vesta». Sin embargo, no tardó la goleta en dar alcance al bergantín y pronto se encontró de nuevo la Falange a bordo de su antiguo conocido. Soplaban un viento favorable y el «Vesta» continuó hacia El Realejo, seguido de cerca por la goleta. Alvarado creía sin duda justo llevar un poco de contrabando y así lo hizo sin correr ningún riesgo, gracias al favor que había hecho, haciéndose pagar de este modo por los leoneses los servicios prestados a los amigos de éstos. Temprano del siguiente día, primero de julio, el «Vesta» volvió a encontrar el volcán de El Viejo enteramente al norte, y dejando caer el ancla se quedó en su anterior fondeadero en la Punta Icaco.

Unos pocos rezagados de la fuerza de Ramírez, siguiendo el sendero que va de Rivas a Chinandega por la costa, habían llegado a este último lugar y referido algunos de los incidentes de la marcha y del combate del 29. De suerte que pocas horas después de llegar el «Vesta» al puerto, tres o cuatro de los principales demócratas de Chinandega vinieron a saber noticias de la expedición al departamento Meridional. Al regresar con la pleamar —porque cuando se enviaba un bote río arriba a El Realejo era generalmente a marea ascendente— uno de estos caballeros llevó a Castellón el informe escrito de lo que había ocurrido en el sur. En este informe manifestaba Walker la creencia de que Muñoz había procedido de mala fe y de que la conducta observada por Ramírez obedeció a inspiraciones, si no a órdenes del comandante en jefe. Para terminar hacía saber al director que si no se investigaba la conducta de Muñoz y se ponían en claro las sospechas recaídas sobre él, los americanos se verían obligados a dejar el servicio del gobierno provisional, buscando en otra parte, fuera de Nicaragua, un campo para sus facultades y empresas. Al siguiente día el doctor Livingston, americano residente en León desde hacía largo tiempo, trajo a bordo del «Vesta» la respuesta de

Castellón a Walker. El director felicitaba a los americanos por la manera como se habían portado en Rivas y les daba las gracias por los servicios prestados a la causa democrática; pero no decía nada de la conducta de Muñoz; sin embargo, instaba a Walker para que dejase de pensar en irse de Nicaragua, por cuanto esto podría ser fatal para el gobierno provisorio. Al doctor Livingston lo habían enviado con el objeto de insistir verbalmente sobre los mismos puntos, así como para manifestar que debido a la crítica situación del partido democrático, no le convenía al director escudriñar demasiado la conducta del comandante en jefe. A pesar de todo Walker se mantuvo irreductible por haber resuelto en sus adentros quedarse algunos días en el bergantín, para que los americanos pudiesen reponerse de sus fatigas y heridas y hacer que el partido de Castellón manifestara tan claramente como era posible la necesidad que tenía de la Falange. De suerte que el Dr. Livingston regresó a León con noticias no muy alentadoras para el gobierno provisional.

Durante algunos días siguió recibiendo Walker cartas de Castellón con ruegos de no abandonar la causa democrática e instándole para que fuese a León con la Falange. Para conseguirlo, el director manifestó que los legitimistas meditaban un ataque a la capital demócrata, encontrándose Corral en Managua con una fuerza de cerca de mil hombres y armas y municiones para equipar gran número de reclutas. También era cierto que en el departamento Oriental se estaba llevando a cabo con gran actividad el reclutamiento de «voluntarios forzados»³. Don Mariano Salazar, el hombre más enérgico del partido demócrata, visitó igualmente a Walker a bordo del «Vesta», para infundirle la idea de que se corría el peligro de un ataque de Corral a León y de la necesidad de tener los rifles

³ En castellano en el texto.

americanos en casa del director. Salazar era cuñado de Castellón y comerciante muy astuto y bastante rico, que se las había compuesto para tener un especie de monopolio del comercio de los artículos extranjeros importados por los puertos de El Realejo y del Tempisque. Por consiguiente podía y estaba deseoso de suministrar recursos al ejército democrático y ofreció proveer a los americanos de todas las municiones que pudieran necesitar. En efecto, mandó a traer de La Unión una cantidad de pólvora de rifle para la Falange, porque la que en sus fusiles empleaban las gentes del país no servía para las armas de los americanos. Pero Walker permaneció inflexible y los amigos del gobierno provisional principiaron a perder de nuevo la esperanza.

Así pasaron unos diez días y la Falange, repuesta ya de los quebrantos de la expedición a Rivas, empezó a sentir deseos de un ejercicio más activo que el que se podía hacer a bordo del «Vesta». Por esta razón se acordó marchar a Chinandega, donde ofrecían buen alojamiento y para los heridos alimentos más delicados que los que era posible procurarse en la Punta Icaco. En efecto, se obtuvieron botes y bongos y toda la partida de americanos se trasladó a El Realejo, sin dar previo aviso a las autoridades. Pocos minutos después de llegar a la ciudad y encontrándose Walker frente a la oficina del administrador de la aduana, vio salir de un bote al director Castellón y a don Mariano Salazar. Parece que D. Francisco había partido de León aquella misma mañana, y, pasando por El Polvón, una hacienda de caña de azúcar perteneciente a los americanos John Deshon y Henry Myers, llegó al «Vesta» pocos minutos después de haber entrado los americanos en el río. Se vino tras ellos en el acto para convencer a Walker de que siguiese hasta León. Su inquietud era manifiesta. Debía regresar realmente a la capital

antes de que allí notasen su ausencia; de no ser así, podía ocurrir un pánico de consecuencias desastrosas.

En su respuesta a los ruegos del director, Walker fingió encontrarse indeciso acerca de lo que haría después de su llegada a Chinandega y evitó dar una contención categórica, diciendo que ignoraba si podría dejar en la ciudad sus heridos sin ponerlos en peligro; porque si los legitimistas trataban de penetrar en el departamento Occidental, de fijo la ocuparían para cortar los abastecimientos y las comunicaciones. El director le dijo a Walker que si deseaba ir a León, el subprefecto de Chinandega tenía orden de suministrarle todos los víveres y medios de transporte que pudiera necesitar. Castellón y Salazar regresaron a León más contentos, porque se presentaba una posibilidad de retener a la Falange en el país, y los americanos siguieron para Chinandega llegando la misma tarde a este lugar, donde encontraron un alojamiento tan bueno como lo permitía la ciudad. Todos los funcionarios civiles y militares rivalizaron en el afán de satisfacer las necesidades de la Falange, y las mujeres prodigaron constantemente a los heridos esos pequeños cuidados que alivian el fastidio del soldado, cuando éste se ve compelido a quedarse en la cama, ocioso e inactivo, en medio del bullicio de los aprestos que se hacen para salir en busca de aventuras.

Al día siguiente de su llegada a Chinandega, Walker solicitó del subprefecto los caballos y carretas de bueyes necesarios para ir a León. Los americanos estaban muy contentos pensando en que iban a visitar la antigua capital del país y la segunda ciudad de Centro América por el tamaño. El día antes de salir éstos para el asiento del gobierno provisional, llegó por la tarde y a caballo Byron Cole a Chinandega, acompañado de D. Bruno von Natzmer. Después de haber enviado su contrata a California, Byron Cole estuvo esperando de semana en semana y por espacio de va-

rios meses la noticia del arribo de los americanos a El Realejo; pero como corría el tiempo y declinaba rápidamente la causa de Castellón, se marchó a Honduras con la esperanza de ganar dinero, ya que no fama, en los cerros auríferos de Olancho. Allí encontró a Bruno von Natzmer, prusiano que había renunciado su puesto de oficial de caballería en el ejército de su país para unirse al barón Bülow, quien hace algunos años se propuso fundar una colonia en Costa Rica. Von Natzmer hablaba muy bien el español, medianamente el francés y de modo muy pasable el inglés. Habiendo residido algún tiempo en Centro América, dotado de una buena inteligencia, Natzmer era muy a propósito para prestar muchos servicios a los americanos⁴. El y Cole habían salido de Olancho para Nicaragua tan pronto como supieron la llegada del «Vesta» a El Realejo. En el curso de los acontecimientos se verá que ambos fueron valiosos auxiliares de la Falange.

Dejando en Chinandega los heridos al cuidado del subprefecto, Walker se fue a León llevando las municiones y los bagajes en carretas de bueyes. Tarde de la noche encontró los primeros piquetes, y así el número de hombres que los componían como el de los centinelas indicaban que Muñoz no creía del todo improbable que el enemigo estuviese en las vecindades. Con un oficial del país se mandó aviso de la próxima llegada de la Falange a los centinelas, no obstante que el chirrido de las ruedas de las carretas, fácilmente per-

⁴ El muy ameno escritor alemán Wilhelm Marr, que conoció personalmente a Natzmer en Costa Rica, dice de él que era el prototipo del noble degradado; que en Costa Rica llegó hasta el robo y en Nicaragua a coronel de filibusteros. En enero de 1855, siendo Natzmer comandante de la guarnición de San Carlos, desertó llevándose el dinero destinado al pago de su tropa, según consta en el proceso que se conserva en los Archivos Nacionales de Costa Rica. N. del T.

ceptible a una milla de distancia, bastaba para hacer ver que los que venían acercándose a la ciudad no esperaban tomarla por sorpresa. Los pantalones blancos y las chaquetas azules de los centinelas que se paseaban en sus puestos, permitían distinguir su posición, aun en la obscuridad de la noche; en cambio, los trajes de la Falange favorecían el sigilo y la ocultación. No eran menos sorprendentes otras diferencias en los hábitos militares, y para los americanos resultaba difícil ver las ventajas de tener tantos piquetes, habiendo grandes hogueras cuya luz permitía al enemigo descubrir, no sólo la posición del piquete, sino también, en algunos casos, el número exacto de hombres de que constaba. A una tropa de idioma y costumbres militares enteramente distintos, podría parecerle asunto peliagudo penetrar a medianoche en un campo amigo; pero en el caso de que se trata, la misma diversidad de lengua y hábitos facilitó la tarea, y ningún incidente desagradable vino a echar a perder la llegada de los americanos al alojamiento que les señalaron.

Al siguiente día de llegar la Falange a León, el director expresó el deseo de que se entrevistasen Muñoz y Walker, rogando a éste olvidar su resentimiento por los agravios que creía haber recibido del comandante en jefe. Se vieron en casa de Castellón, absteniéndose de hacer alusiones a lo pasado. Casi todo el tiempo conversaron de las probabilidades del avance de Corral. El cólera había aparecido en Managua, circunstancia que pudo haber determinado a un jefe audaz a atacar al enemigo con la esperanza de librarse del terrible flagelo mediante un avance, y, caso de que lo persiguiese la peste, de propagarla también en las filas enemigas, o cuando menos de provocar un encuentro antes de que sus estragos acabasen con las tropas. Pero a Corral le faltaba el temple necesario para estos movimientos y su índole era suficiente garantía de que el cólera solo, sin necesidad de la intervención de otro

enemigo, le obligaría a volverse a Granada. Corrían sin embargo constantes rumores de un avance de los legitimistas y con frecuencia se veía a las plaseras recoger sus bandejas y cestas y salir huyendo de la plaza en todas direcciones. Estas alarmas ocurrían lo mismo de noche que de día y una de ellas, poco después de llegar la Falange a León, estuvo a punto de tener graves consecuencias.

Muñoz había invitado a Walker a visitar con él los piquetes y observar el estado del campo después de la retirada. Antes de montar a caballo se reunieron en casa del director. Encontrábanse allí conversando con éste cuando se oyó el ruido de una querrela en la entrada principal del edificio y el oficial que mandaba la guardia la hizo formar. El general en jefe, el director y Walker se dirigieron rápidamente a la puerta para averiguar lo que sucedía. Al salir a la calle encontraron a los americanos con la cartuchera ceñida y el rifle en la mano, revueltos con los ayudantes del general, estando éstos unos a caballo y otros desmontados; varios tenían las espadas desenvainadas y otros sus pistolas fuera de las pistoleras. Tan pronto como los americanos vieron a Walker se retiraron a su cuartel y se supo entonces la causa del alboroto. Dos oficiales del estado mayor del general tuvieron una querrela en la puerta de la casa del director y sacaron las espadas para reñir allí mismo. Sus compañeros trataron de evitarlo y esto causó algún ruido y confusión, y como el cuartel de la Falange estaba cerca de la casa del director y los americanos sabían que en ella se encontraba Walker con Muñoz, algunos pensaron que su jefe era víctima de una traición. Salieron disparados hacia la casa pidiendo que se les dejase entrar y ya estaban a punto de forzar la puerta cuando asomó Walker. La diferencia de idioma vino a aumentar, por supuesto, la mala inteligencia, y en la confusión del momento corrió la noticia de haber penetrado el enemigo se-

cretamente en la ciudad y de que ya estaba en casa de Castellón. Continuó la alarma durante algunos momentos, pero al fin se restableció la tranquilidad y los oficiales salieron a dar su vuelta por el campo.

El paseo a caballo de aquella noche podía ser tan divertido para cualquier observador como para un militar. Los soldados del país son buenos centinelas y si pelearan tan bien como hacen guardia o soportan con tanta paciencia como suelen todo género de penalidades, excepto cuando éstas van acompañadas de peligro, serían una tropa sumamente temible. Cabalgando de noche por las calles, a veces era difícil evitar que el caballo pisase a los soldados. Estaban tendidos sobre el duro pavimento, alineados en dos filas por compañías, con los pies al centro, los de una fila frente a los de la otra, y la cabeza arrimada a las paredes de las casas, a uno y otro lado de la calle; tenían sus armas a mano y, para poder acostarse de espaldas o de lado con comodidad, colocadas por delante sus cartucheras que eran de cuero y de un solo compartimiento. Echando pie a tierra para penetrar en los cuarteles, se veían soldados tendidos sobre el piso de ladrillos o de tierra, o colgando en hamacas casi enteramente doblegados para no caerse; y así no era difícil comprender el horror que a todos inspira el servicio militar. Casi no hay trabajo que los nicaragüenses no estén dispuestos a hacer con tal de librarse de las garras del pelotón de recluta obligatoria, y el hecho de verse libres de tan temido mal, gracias a la presencia de los americanos, contribuyó en gran parte a dar a éstos el prestigio de que gozaron entre las gentes del país. Los peones y pequeños propietarios se exponen a más peligros para librarse del servicio militar, que los que suelen correr cuando tienen la mala fortuna de caer en manos del sargento de recluta.

Al cabo de algunos días de estar la Falange en León se fueron haciendo menos frecuentes las noticias

del avance de Corral y por último cesaron del todo. Más tarde hubo vagos rumores de los estragos del cólera en Managua y de que los legitimistas trataban de retirarse a Granada. Entonces expuso Walker al director el verdadero objeto de su venida a León. Quería que le diesen una fuerza compuesta de doscientos hombres del país, competentes y mandados por un jefe de su confianza, para hacer otro esfuerzo contra el enemigo en el departamento Meridional. En cuanto se le tocó el asunto, Castellón dejó ver la inquietud que le causaba y, por último, propuso celebrar una reunión con asistencia de Muñoz, Walker, Jerez y otros para discutir un plan general de campaña. En aquel entonces estaba Jerez obscurecido; pero Walker procuró sacarlo a relucir, porque mostraba profundo resentimiento al verse supeditado por Muñoz en el mando del ejército. La reunión se efectuó, y, por supuesto, sin resultado. El general en jefe propuso dividir a los americanos en grupos de diez, distribuyéndolos en los diversos cuerpos de tropas del país, y que una vez hecho esto se marchase contra Granada por diferentes rumbos; pero el objeto que con esta política perseguía era demasiado claro para poder engañar a nadie, y al proponer semejante plan no hizo más que descubrir sus sentimientos, sin avanzar un paso en el logro de sus deseos. La actitud de Castellón hizo ver a Walker que había muy pocas esperanzas de conseguir auxilio para otra expedición a Rivas, no obstante haber llegado el director hasta decir que Muñoz iba a marchar dentro de pocos días al departamento de Segovia y que después de su partida sería posible hacer algo en el sentido de suministrar una fuerza para el departamento Meridional. Entonces Walker resolvió volverse a Chinandega, con disgusto de Castellón.

Se dio a la Falange la orden de alistarse para salir y se pidieron al prefecto caballos y carretas; pero pasaron horas y no aparecieron. De pronto, una tropa

compuesta de trescientos o trescientos cincuenta hombres (con arreglo al significado nicaragüense del vocablo) entró en una casa sólidamente construida y situada frente por frente del cuartel de los americanos. En el acto mandó Walker a la Falange que estuviese alerta, con el arma al brazo y lista para entrar en acción. Al propio tiempo envió a decir al director que el movimiento ejecutado por esa tropa era una amenaza y que si no le ordenaban retirarse antes de una hora, la Falange la consideraría como enemiga, obrando de conformidad. La tropa fue inmediatamente retirada de la casa, en la cual no estuvo una hora. Si Muñoz hubiese podido tomar a los americanos desprevenidos, es muy probable que los habría desarmado y expulsado del país. Poco después de haber desocupado la tropa la casa situada frente al cuartel de la Falange, llegaron las carretas pedidas para salir de León y pronto estuvieron los americanos en el camino de Chinandega, mirando a retaguardia con gran cuidado y siempre listos por si ocurría cualquier movimiento que pudiera parecer ofensivo; pero llegaron a Chinandega sin ningún incidente digno de ser mencionado.

Cole se quedó en León con el objeto de obtener ciertas modificaciones al contrato en virtud del cual habían entrado los americanos a servir al gobierno provisorio. Fácilmente consiguió lo que deseaba, prescindiéndose de la contrata de colonización y autorizando a Walker para enrolar trescientos hombres que debían prestar servicio militar a la República y a los cuales prometía ésta cien dólares al mes y quinientos acres de tierra al final de la campaña. Castellón otorgó también a Walker la facultad de arreglar las diferencias y cuentas pendientes entre el gobierno y la Compañía Accesoría del Tránsito. Estos poderes eran preliminares necesarios del esfuerzo que se iba a hacer para situarse en el departamento Meridional. La política invariable de Walker era llegar tan cerca del Tránsito

como fuera posible, a fin de reclutar entre los pasajeros que iban para California o los que de allá venían, así como para tener medios de comunicación rápidos y fáciles con los Estados Unidos. En cuanto a la Falange era ocioso malgastar sus energías y fuerzas en una campaña que no la llevase hacia el camino del Tránsito.

Tan pronto como recibió Walker los documentos traídos de León por Cole, resolvió volver al departamento Meridional, así pudiese obtener o no el auxilio del gobierno provisional para la expedición. Sin embargo, tenía que esperar el desarrollo de los acontecimientos y escoger el momento más oportuno para llevar a cabo sus planes.